

La guerra y el deleite taciturno

MARÍA CLEMENCIA CASTRO

Este escrito es una ocasión para aproximarse a los planteamientos formulados por Jacques Lacan sobre la guerra. Sus enunciados acerca de la confrontación bélica y, en particular, algunas de sus referencias a Karl von Clausewitz, el gran teórico castrense, permiten dilucidar la puesta del sujeto, la configuración del enemigo, así como la disputa en juego, en la vía de una indagación por el objeto en sus brillos y opacidades.

DE LA SINCRONÍA A LA DISIMETRÍA DE LA GUERRA

Clausewitz¹ define la guerra como una forma de relación humana donde aparece la intención de doblegar, de someter al adversario. Es actividad humana y conflicto de intereses enunciada como un modo de comercio, y como tal, tendrá implicado un trato, un intercambio, una apuesta, una negociación.

Según él, la esencia del combate es el acto para imponer la propia voluntad al otro por medio de la fuerza física, buscando derribarlo, incapacitarlo para ofrecer resistencia, colocarlo en posición desventajosa. Esto se logra mediante el desarme del enemigo, propósito considerado por Clausewitz como específico de la acción militar².

La guerra es un acto de fuerza y, más precisamente, puede decirse que es una relación deletérea y mortífera que inevitablemente pone en escena los cuerpos y la sangre, la destrucción, el aniquilamiento. En términos de Clausewitz, no es posible desarmar o derrotar al adversario sin excesivo derramamiento de sangre. Obtendrá la ventaja sobre el adversario quien emplee la fuerza con crueldad, sin detenerse ni retroceder ante la matanza y el destrozo, por vastos que sean. Esa es la vía de su resolución. De este modo, cada uno impele al otro a medidas extremas cuyo límite

¹ KARL VON CLAUSEWITZ, *De la Guerra*, Barcelona, Labor, 1992.

² *Ibid.*

será la resistencia del contrario. Así, Clausewitz plantea como vano ignorar el elemento de brutalidad implicado en la guerra, por más repugnancia que pueda provocar.

De allí retoma Lacan una caracterización de la guerra que le permite aludir al fundamento de la apuesta bélica en su anudamiento con la violencia. Según él, llevar la guerra a los confines donde la palabra dimite y empieza el dominio de la violencia, requiere saber acerca de sus principios y también advertir que sus límites se desconocen si no se la comprende como un caso particular del comercio humano, siguiendo la enseñanza de Clausewitz³.

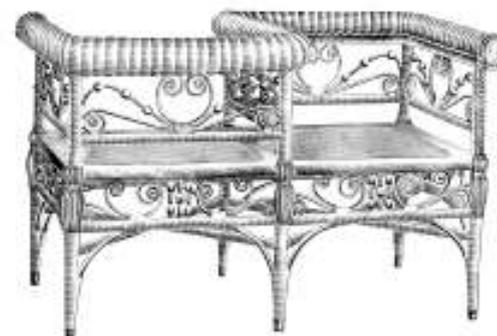
La guerra es una acción recíproca que conduce a extremos. Se trata de un vínculo en el cual los enemigos se construyen mutuamente, instalados en una relación intolerable de rivalidad imaginaria. Son dos fuerzas vivas que oponen resistencia y, como tal, compromete a ambas partes, cada una de las cuales queda empeñada a la otra. Así, mientras no se haya derrotado al adversario debe temerse ser derrotado por él. Es una puja constante, donde el paso de cada uno depende del otro con milimétrica precisión. “Ya no soy dueño de mí mismo, él fuerza mi mano como yo la suya”⁴. La simétrica adecuación de las partes se inscribe en la insoportable especularidad, donde las acciones recíprocas continuas llevan de modo desenfrenado a la desmesura⁵.

La conflagración bélica, al instalar en una relación especular, genera una identidad en la relación dialéctica con el otro, el enemigo. Es la identificación que evidencia la ambivalencia estructural, donde la agresión voraz del sujeto expresa su dominio mortífero. La guerra es un retorno a la insondable especularidad articulada a vivencias de fragmentación, a imagos de cuerpo fragmentado; de ahí su carácter siniestro, evocador de la identificación narcisista, constitutiva de la agresividad que apunta a segar la existencia del otro.

Esa “tendencia natural”⁶ de la guerra, aquella que Clausewitz enuncia mediatizada por la política, se hace evidente entre más fuertes sean los motivos, haciendo aparecer a la guerra como una acción puramente militar y menos como guerra política. Se trata, propiamente, de una de las paradojas de la conflagración bélica, porque en cuanto más poderosa sea la política, más absoluta será la guerra.

En consonancia con Clausewitz, Lacan afirma que la verdadera arma de la guerra es la fuerza moral⁷. Soportada sobre la intrepidez de un pueblo, hace expresión de un enorme e insospechado poderío. Ese componente inconmensurable que halla su ocasión elocuente y estrepitosa en la contienda bélica, advierte sobre la subjetividad a la que apunta el develamiento freudiano.

El planteamiento de Lacan propone la posibilidad de escudriñar la guerra en la dimensión del acto, esclareciendo con esto la idea de que hay un sujeto implicado.



³ JACQUES LACAN, *Introducción al comentario de Jean Hyppolite sobre la Verneinung de Freud*, en *Escritos 1*, México, Siglo XXI Editores, 1984.

⁴ KARL VON CLAUSEWITZ, *op. cit.*, pág. 41.

⁵ MARÍA CLEMENCIA CASTRO, “La guerra: más allá de la vida y la muerte”, en *Affectio Societatis*, Revista Electrónica del Departamento de Psicoanálisis, Universidad de Antioquia, núm. 5, 1999.

⁶ KARL VON CLAUSEWITZ, *op. cit.*

⁷ JACQUES LACAN, “La psiquiatría inglesa y la guerra”, en *Uno por Uno*, Revista Mundial de Psicoanálisis, núm. 40, Buenos Aires, EOLIA-Paidós, 1994.

Habiendo Clausewitz anticipado que la guerra no tiene su propia lógica sino más bien su propia gramática, como otra clase de escritura y de lenguaje que no es independiente del intercambio político⁸, con Lacan será posible incursionar en las coordenadas del acto que refieren a su estructura lógica. Es ésta la oportunidad para discernir entre las operaciones vividas y los desconocimientos selectivos, partes muertas o puestas en suspenso en la operación, que permiten evidenciar la puesta del sujeto y sus paradojas. Así se lo habrá de develar en el posicionamiento implicado en una elección, en las vacilaciones y en el punto conclusivo con sus efectos en la subjetividad.

Desde la perspectiva del acto será posible, entonces, un acercamiento a la guerra como experiencia opaca para dilucidarle en sus lógicas y en sus efectos. Con ello, “no estamos dando un brochazo trágico para hacerlo brillar”⁹, sino avanzando en el revelamiento de la dimensión subjetiva que se pone en juego en la guerra.

La confrontación bélica puede entenderse como “hito crucial”¹⁰ y, en cuanto tal, implica un viraje del sujeto con respecto al acto. La guerra aparece en la historia subjetiva como un “episodio”¹¹, con su carácter contingente, en el cual a partir de cierto momento se disponen una serie de relaciones, denominadas por Lacan “relaciones de acto entre los seres humanos”¹². Pero no se trata de un episodio en el sentido de una forma limitada de casos particulares en la que sólo algunos participan de una práctica, pues tiene un alcance exhaustivo en la vida social. Como torbellino, caracterización planteada por Freud¹³, abraza de modo envolvente, así muchos insistan en enunciarse ajenos a ella.

En tanto acto, dice Lacan, ninguno puede decirse enteramente dueño de él. Más bien, a quien toma la iniciativa le promete encontrar el fin en lo que designa como objeto *a*¹⁴. Es hacia allí a donde apunta, según él, la promesa del acto, con su alcance de logro y de inadecuación. En el horizonte de todo acto está el objeto, que a la vez le preexiste y lo determina.

Lacan se ocupa de precisar que, no siendo Clausewitz propiamente titubeante sobre la necesidad de la ofensiva, le da también un papel preponderante a la defensa. El objeto *a*, le permite dimensionar ese planteamiento que con claridad reconoce la disimetría fundamental de la guerra, es decir, lo que en ella hay de “absolutamente heterogéneo”¹⁵, disimetría que domina la partida entre la ofensiva y la defensiva. Este enunciado permite advertir que el punto donde la guerra revela su carácter esencial es punto de inadecuación, donde hay algo que no cuadra, a partir de lo cual se enunciará una desproporción.

Así se encuentra una nueva vía para comprender que sobre la batalla encarnizada alrededor de un objetivo no puede concluirse, lo anticipaba ya Freud, que se apunta a un santuario y como tal a un lugar preciado para una de las partes¹⁶. El sentido de una



⁸ KARL VON CLAUSEWITZ, *op. cit.*, pág. 284.

⁹ JACQUES LACAN, *El acto psicoanalítico*, versión dactilográfica.

¹⁰ *Ibid.*

¹¹ *Ibid.*

¹² *Ibid.*

¹³ SIGMUND FREUD, *De guerra y muerte. Temas de actualidad*, en *Obras Completas*, t. XIV, Buenos Aires, Amorrortu, 1976.

¹⁴ JACQUES LACAN, *El acto psicoanalítico*, *op. cit.*

¹⁵ *Ibid.*

¹⁶ SIGMUND FREUD, *Sobre la dinámica de la transferencia*, en *Obras Completas*, t. XII, Buenos Aires, Amorrortu, 1976.

acción ofensiva o defensiva no está propiamente en el objeto en apariencia disputado al enemigo, “sino más bien en el designio del que participa y que define al opositor por su estrategia”¹⁷. Aquello que de modo aparente opera como motivo remite a un real en juego que es el objeto a.

De este enunciado original de Clausewitz se deriva una enseñanza clínica a propósito de la resistencia, sobre la que Lacan da una nueva vuelta a lo enunciado por Freud. Aprendiendo de la lucha real en la guerra, se esclarece, además, que “la respuesta más eficaz a una defensa no es llevar a ella la prueba de fuerza”¹⁸.

Un nuevo viraje tendrá esta elaboración cuando Lacan refiera el concepto de objeto a al goce. El “deleite taciturno”, es el modo como enuncia en el Seminario XV aquello que no se resuelve a nombrar como goce solitario, pero que constituye el punto esencial alrededor del cual se juega todo en la guerra: lo específico del acto dice del punto de goce.

Lo imprevisible de la guerra está dado por su carácter contingente, en tanto suceso humano, radicado precisamente en el goce del combatiente. En este punto estriba lo imponderable en la conflagración bélica. De allí se deriva que una victoria sea algo incalculable, pues “si hay quienes gozan con hacerse matar, llevan la ventaja”¹⁹.

En los avatares de la guerra muchos encuentran el fin, “concluyendo [...] con el rigor del destino”²⁰. Tragedia, muerte y destino, son tres significantes que se anudan en el estrepitoso proscenio bélico. Así hace alusión Lacan a la apuesta mortífera y al destino logrado en la guerra, avanzando con ello en la paradoja implicada en el sacrificio.

Analizando la obra de Hamlet, Lacan se refiere al drama guerrero en la vía de su dilucidación sobre las funciones del objeto. El motivo, que bien puede ser grandioso o de escasa importancia, es situado como pretexto. El “pretexto guerrero”²¹, aun en su futilidad, opera como coartada, dando en su nombre la ocasión para una vuelta del sujeto sobre sí. Es una pregunta dirigida al Otro que pone de presente una relación con el significante y que sólo tiene posibilidad de exploración en la cadena inconsciente, “del circuito del deseo con lo que está enfrente, a saber, el fantasma”²².

La ofrenda que lleva al derramamiento de sangre por una causa noble es considerada por Lacan como “oblatividad”. En tanto sacrificio por una causa, lo presenta como el “honor”, designándolo “don”. En su soporte especular, el honor convoca al puro prestigio, opone radicalmente a un rival y conmina al desafío en la lucha a muerte. Pero no se trata de un formalismo, pues el honor deja al sujeto implicado en su palabra con “su peso ya sea de carne o de compromiso”²³.

Así, tras la rivalidad, Lacan descifra el drama del deseo. En el encuentro con el otro, el sujeto se orienta a “identificarse con el significante fatal”²⁴, lo cual sólo halla una resolución en la desaparición del sujeto.



¹⁷ JACQUES LACAN, “Introducción al comentario de Jean Hyppolite sobre la Verneinung de Freud”, *op. cit.*, pág. 361.

¹⁸ *Ibid.*

¹⁹ JACQUES LACAN, *Los nombres del padre*, versión dactilográfica, clase del 20 de noviembre de 1973.

²⁰ JACQUES LACAN, *Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis*, *op. cit.*, pág. 291.

²¹ JACQUES LACAN, *El deseo y su interpretación*, versión dactilográfica, clase del 22 de abril de 1959.

²² *Ibid.*

²³ *Ibid.*

²⁴ *Ibid.*

La guerra es escenario de la paradoja de la muerte del héroe, aquel que se destruye en aquello que lo eterniza. Como una forma de hacerse al ser, pasa a la posteridad en el acto que termina y desanuda la vida. Es un paso que se destaca como irrisorio, pero en el cual están caracterizados los dos términos de la duplicidad de la función mortífera, siempre reencontrados²⁵.

EL ENEMIGO Y EL ODIO

La guerra tal como la enuncia Clausewitz convoca a estar al acecho; ante el opositor está la espera, la vigilancia, la anticipación, y el encuentro se instala en lo que parecería la primacía de la specularidad. Pero como rasgo distintivo de la definición general de la guerra se enuncia la intención hostil. En tanto acto de fuerza, en la conflagración bélica, según él, están necesariamente implicadas las pasiones.

De la idea de imponer la propia voluntad al otro²⁶, el opositor devenido enemigo es objeto de destrucción y de muerte. La guerra enfila a su aniquilación. Será la de su oposición y, más aún, la del opositor mismo.

El odio hace presencia en la guerra, donde algunos logran realizarlo plenamente²⁷. En la dimensión imaginaria del odio, el aniquilamiento del otro se inscribe en la estructura misma de la relación intersubjetiva, como relación de exclusión que organiza una relación dual, poniendo en juego la existencia del uno o la del otro en una captación imaginaria que compromete radicalmente la oposición “él o yo”. Pretextos, justificaciones y razones organizadas en el discurso operan el recubrimiento del odio y saturan “la llamada a la destrucción del ser”²⁸, haciéndose la conflagración bélica un escenario que hace posible el paso a la destrucción en el despliegue de la pulsión.

El cuerpo deviene objeto en la guerra, cuerpo propio, cuerpo del otro, cuerpo im-propio, expuesto en sus investiduras y destrozos. Del enemigo se apunta al cuerpo, a su destrucción. En su dimensión imaginaria, la guerra se halla enmarcada en lo simbólico y, en consecuencia, acorde con Lacan, “el odio no se satisface con la desaparición del adversario... aspira a su envilecimiento, su pérdida... su negación total, su subversión. En ese sentido... es una carrera sin fin”²⁹.

LA MIRADA EN LA GUERRA: DE LA DIALÉCTICA AL OBJETO

Inscrita en la relación intersubjetiva que sostiene la alineación del sujeto, Lacan explora la “dialéctica de la mirada” y su función en la guerra³⁰. Es ésta una ocasión en la cual dilucida sobre la mirada dando primacía a la dimensión specular. Según él, el asunto no se ubica sólo a nivel de los ojos, pues estos pueden inclusive estar encubiertos. Por ello, la mirada no refiere sólo al rostro del semejante, sino que también compromete

²⁵ JACQUES LACAN, *La angustia*, versión dactilográfica, clase del 7 enero de 1961.

²⁶ KARL VON CLAUSEWITZ, *op. cit.*

²⁷ JACQUES LACAN, *El Seminario, Libro 1: Los escritos técnicos de Freud*, Buenos Aires, Paidós, 1981, pág. 404.

²⁸ *Ibid.*, pág. 403.

²⁹ *Ibid.*

³⁰ *Ibid.*, pág. 327.

“la ventana tras la cual suponemos que nos está acechando”³¹. Para Lacan, la mirada es entonces la que refiere al “objeto ante el cual el sujeto deviene objeto”³².

Según Lacan, en la guerra hay el supuesto de estar “bajo una mirada que... acecha”³³, no propiamente por el temor al ataque del enemigo, pues esto más bien brindaría un alivio, al permitir deducirlo. Lo importante en los tiempos de guerra es saber aquello que imagina el otro y lo que detecta de “mis intenciones” en la avanzada, porque en lo esencial se procura ocultarle las propias acciones. Se trata entonces de “una astucia”³⁴, en la capacidad de proceder al engaño frente a las propias actuaciones, por la vía del artificio.

La dialéctica de la mirada, que opera como soporte de la lógica guerrera, se sostiene en este plano, según Lacan. “Lo que cuenta, no es que el otro vea dónde estoy, sino que vea a dónde me dirijo”³⁵. Lo que interesa es su anticipación conclusiva. Como propio de la relación intersubjetiva, “lo esencial no es lo que está ahí, lo visto. Lo que es la estructura, es lo que no está ahí”³⁶.

En la acechanza, en la trampa, en el artificio, con su empeño de desorientación, hace emergencia algo más que la erección fascinante del combate. Pero, según Lacan, se está en una relación intersubjetiva que no trasciende la “función del engaño”³⁷. En este punto de su trabajo, Lacan devela una prioridad de la dimensión especular en la guerra, descifrándola en el paso a paso, en la mirada a mirada, que lo aproxima a la dialéctica enunciada por Clausewitz³⁸.

A propósito de la dialéctica del ojo y de la mirada, explorada en el Seminario XI, Lacan precisa que “no hay coincidencia alguna, sino un verdadero efecto de señuelo”³⁹. En esa dimensión imaginaria se despliega la actividad mimética, propia de las tácticas de guerra, en la que el sujeto se inserta en un cuadro, poniéndose al resguardo en camuflaje, abigarrándose en un fondo abigarrado.

En la guerra está también la intimidación que implica una sobrevaloración que se pretende lograr por la apariencia⁴⁰. Lacan aclara, sin embargo, que “... conviene no apresurarse en recurrir a la subjetividad.”⁴¹ Tratándose de la imitación, es sin duda la reproducción de una imagen; aun así, en lo fundamental, para el sujeto consiste en “insertarse en una función cuyo ejercicio se apodera de él”⁴². Es ésta una precisión relevante, por cuanto le permite a Lacan explicitar el soporte simbólico que, puesto en operación, captura al sujeto, trascendiendo con ello una aproximación desde la dimensión imaginaria.

³¹ *Ibid.*, pág. 321.

³² *Ibid.*

³³ *Ibid.*, pág. 327.

³⁴ *Ibid.*

³⁵ *Ibid.*

³⁶ *Ibid.*

³⁷ JACQUES LACAN, *La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud*, en *Escritos 1*, op. cit.

³⁸ KARL VON CLAUSEWITZ, op. cit.

³⁹ JACQUES LACAN, *El Seminario, Libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós, 1989, pág. 109.

⁴⁰ *Ibid.*, pág. 107.

⁴¹ *Ibid.*

⁴² *Ibid.*

TIEMPOS DE LA MIRADA: APORTES CLÍNICOS

La muerte es el punto culminante de la guerra. El instante de la muerte es la mirada que mata. La muerte está al acecho, la mirada atrapada en la fascinación de las formas del destroz, dando curso al goce en la vía escópica. En el riesgo que instala a un combatiente en la tensión radical con el enemigo está el límite que enuncia al sujeto en un instante de perplejidad. En ese artificio que lo aliena a un imperativo mortal, en el extrañamiento, se descifra una fabricación subjetiva. Por eso mismo, es a la vez la ocasión de una vuelta del sujeto sobre sí que podrá descifrarse con el aporte de Lacan a propósito de los tiempos lógicos⁴³.

Sumergido en el escenario de la guerra, ese marco simbólico coloca a un combatiente ante el enemigo en una pregunta por él mismo, por su “atributo ignorado”⁴⁴, que corresponde a la incógnita real del sujeto. Habrá allí para alguno la posibilidad de zanjar en la mirada un punto de detención que le otorgue al otro su estatuto de semejante. Como aquel bravo guerrero instalado en el trajín de un tremendo combate, en la efervescencia de los disparos, que dice de repente ver “...un soldadito agazapado...”. Es una mirada que se cruza, un instante de vacilación en el asombro por la desprotección de su oponente y el enunciado: “... le perdoné la vida...”. Es un concluir en el tiempo de comprender en que se ve en su oponente, definido en su reciprocidad, es decir, “que tiene en la inercia de su semejante la clave de su propio problema”⁴⁵. Es una resolución que le conmina a seguir de largo en medio del tronar de la conflagración, un tiempo en el cual un fallo detiene en el instante mismo en que ese otro deviene semejante, un punto de linde en el escenario deletéreo, dando curso al “perdón”, ... a la vida. Pero es en la precipitación de su salida de la guerra donde procede un aserto sobre sí mismo, acto en que se revela el sujeto, como emergencia del momento de concluir. En este caso particular, cuando el sujeto relanza su pregunta se opera un reencuentro con quien proviene de la contraparte también desarmada. Transformado radicalmente en su relación con la violencia y el destroz, organiza un vínculo alrededor del cuerpo y sus suturas.

A otro, la mirada lo coagula, horadante. “Se me pide que mate a un ... capturado, un joven ... como yo”. Un tiempo simbólico en que se introduce la falta, como roto en la mirada. “Qué hacer si en ello debo demostrarme ante el jefe... es ‘él o yo’... Si no lo hago, era yo quien moría...”. Un tiempo imaginario, como tiempo para comprender en el que se suspende el sujeto en la pura reciprocidad y donde no se reconoce más que en el otro, develando su atributo en la equivalencia de los dos. Recuerda aquellos ojos con lágrimas, la mirada suplicante, el llamado. Al instante de una moción suspendida le sigue un paso al acto, un tiempo real, dándole muerte y procediendo a cortarlo. En lo fallido del momento de concluir, plegado al comando mortífero del Otro,

⁴³ JACQUES LACAN, *El tiempo lógico y el aserto de certidumbre anticipada. Un nuevo sofisma*, en *Escritos 1*, México, Siglo XXI Editores, 1984.

⁴⁴ *Ibid.*, pág. 194.



en su devenir objeto, como proyectil mortífero, el sujeto se deja caer, instalándose en la repetición. Una vez salido de la guerra, esa mirada retorna insistente; viene también una voz que lo nombra: *asesino*. Agobiado de tanta muerte producida y de los cortes consecuentes, del “picadillo”, ahora desbordado por la angustia, no puede esquivar la mirada de ese hijo sin sepultura ni doliente. Es la letra de aquel a quien mató, que resta sin escritura. No habiendo una ley que opere y pacifique, nada lo detiene. Viene la angustia y el síntoma. Temeroso de la labilidad de su acto, de su desborde, cree encontrar alivio reubicándose en el escenario de la muerte.

Habitados por la muerte, algunos podrán encontrar una posibilidad de pacificación en la salida de la guerra, al inscribir su acto en un orden simbólico en el momento de concluir. Es decir, legalizar el acto de matar organizándolo por la vía de los ideales, pasándolo por el orden de la Ley. Pero, al decir de Lacan, ninguno podrá eludir los trazos del significante “excombatiente”, pues como aquel de padre, será un “título” que ineluctablemente habrá de operar hasta el fin de la vida⁴⁶.

BIBLIOGRAFÍA

CASTRO María Clemencia, “Investiduras, destrozos y cicatrices o del cuerpo en la guerra”, en *Desde el Jardín de Freud*, Revista de Psicoanálisis, núm. 2, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2002.

_____, La guerra: más allá de la vida y la muerte, en *Affectio Societatis*, Revista Electrónica del Departamento de Psicoanálisis, núm. 5, Universidad de Antioquia, 1999.

_____, *La violencia y la guerra. Una aproximación desde el psicoanálisis con los aportes de Jacques Lacan*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2002. Texto inédito.

CLAUSEWITZ Karl Von, *De la Guerra*. Barcelona, Labor, 1992.

FREUD Sigmund, *De guerra y muerte. Temas de actualidad*, en *Obras Completas*, t. XIV, Buenos Aires, Amorrortu, 1976.

_____, *Sobre la dinámica de la transferencia*, en *Obras Completas*, t. XII. Buenos Aires, Amorrortu, 1976.

LACAN Jacques, *El tiempo lógico y el aserto de certidumbre anticipada. Un nuevo sofisma*, en *Escritos 1*, México, Siglo XXI Editores, 1984.

_____, *Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis*, en *Escritos 1*, México, Siglo XXI Editores, 1984.

_____, *Introducción al comentario de Jean Hyppolite sobre la Verneinung de Freud*, en *Escritos 1*, México, Siglo XXI Editores, 1984.

_____, *La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud*, en *Escritos 1*, México, Siglo XXI Editores, 1984.

_____, “La psiquiatría inglesa y la guerra”, en *Uno por Uno*, Revista Mundial de Psicoanálisis, núm. 40, Buenos Aires, EOLIA-Paidós, 1994.

⁴⁵ *Ibid.*, pág. 195.

⁴⁶ JACQUES LACAN, *El Seminario, Libro 17: El reverso del psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós, 1992.

_____, *El Seminario, Libro 1: Los escritos técnicos de Freud*, Buenos Aires, Paidós, 1981.

_____, *El deseo y su interpretación*. Versión dactilográfica.

_____, *La angustia*. Versión dactilográfica.

_____, *El Seminario, Libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós, 1989.

_____, *El acto psicoanalítico*. Versión dactilográfica.

_____, *El Seminario, Libro 17: El reverso del psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós, 1992.

_____, *Los nombres del padre*. Versión dactilográfica.